

Carta de una desconocida.

CUADRO UNICO

Interior sin más escenografía que un bargueño con tintero, pluma y papel, un gran candelabro, un jarrón de rosas blancas y un sillón. Lo demás, solo existe en la obsesión de la DESCONOCIDA, salvo los sonidos. Sin embargo, todo irá señalado en las acotaciones como si fuera real. Noche de verano. Luz íntima del candelabro.

La DESCONOCIDA, en bata, escribe con los ojos fijos. En varios momentos de la acción se echa atrás el cabello suelto y se desnuda la garganta como ardiendo de calor; en otros casi simultáneos cruza los brazos apretados contra el pecho, temblando de frío. Pero no es el frío ni el calor: es la fiebre. Se oye en un piano ausente un "Nocturno" de Chopin. La DESCONOCIDA lee lo escrito, niega sin voz y estruja el papel inútil. Empieza su carta de nuevo. Lee:

"A ti, a quien he querido siempre, y que vas a escucharme ahora por primera y última vez." No..., no..., así no... (Rompe el papel, lo estruja. Cuando se dispone a recomenzar se oye lejos un clarín y avanza un ritmo sordo de tambores y botas sobre el asfalto. Se tapa los oídos, protestando dolida.) Ya vuelven, como ayer..., como antes de ayer..., como mañana... ¡Basta! (Corre a cerrar los batientes de un imaginario balcón al fondo. El rumor disminuye y comienza a alejarse. Escucha apoyada de espaldas. Nuevo gesto de abrir y respira hondamente el aire de la noche. Se tranquiliza. Vuelve al bargueño. El "Nocturno" de Chopin, esfumado un momento al paso de los tambores, llena la larga pausa inicial. Escribe. Lee.) "A ti, que me has tenido tres noches en tus brazos... y que no me has conocido nunca." (Vacila. Vuelve a romper. Toma otra vez la pluma, piensa un momento, y de pronto aparta bruscamente los papeles, que caen. Se levanta con una voz tumultuosa.) ¡Es desesperante, amor mío! Llevo una eternidad delante de esta página sin saber siquiera por dónde empezar. ¿Cómo meter toda una vida en

ChC

delator

1079488

1079488

10/NOV/61

6566 E 11

DMD

DISCIPLINARIO
DEZ
FACULTAD DE INGENIERIAS
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

una carta? ¿Y cómo llamarte si no me conoces? (*Voz rápida, estudiando las posibilidades, mientras se aleja de la mesa.*) ¿A ti, el más querido?... ¿A ti, el más cruel?... ¡A ti, a quien debo las horas más felices y la más amargas!... ¡A ti, que...! (*Se detiene de pronto preguntándose a sí misma.*) ¿A ti? (*Sonríe por fin.*) Naturalmente. A ti. ¿Y para qué más, si no hay otro? Claro que así, de pronto, no lo comprenderás..., pero tú—¡el ídolo de tantas mujeres!—solamente has sido querido de verdad por tres: una niña pobre, una muchacha deslumbrada y una gran dama elegante y equívoca. Y esas tres mujeres eran una sola. ¡Yo! Yo que te he entregado, uno por uno, todos los minutos de mi vida, y a quien no has conocido nunca..., nunca... ¡Nunca! Parece imposible, ¿verdad? También yo me he preguntado eso mismo que te estás preguntando tú: Si he podido guardar este secreto hasta hoy, ¿por qué no seguir guardándolo, ahora que ya falta tan poco? Pero no puedo, querido, no puedo. Necesito decírselo a alguien mío antes de morir. Y desde ayer tú eres lo único que me queda en el mundo. Escucha, mi amor, escucha... (*Se sienta en el sillón y respira hondamente, apretando las dos manos cruzadas entre sus rodillas, como recogiendo fuerzas. Por fin levanta la cabeza, fija los ojos en un punto, lejos, y dice con una voz extraña, reconcentrada, pero sin matiz.*) Mi hijo ha muerto ayer. (*Pausa. Repite.*) Mi hijo ha muerto... (*Se estremece, como despertando al oírse a sí misma.*) ¿Mi hijo? (*Lanza una mirada de angustia a un lado y otro. Se levanta rápida, con un gesto de súplica.*) No, querido mío, no... Borra esas palabras torpes... ¿Qué sentido tendría hablarte ahora de eso? No. Déjame volver a empezar. Ahora lo único que importa eres tú..., y esta pequeña parte tuya que soy yo. En este momento no existe nadie más en la tierra. ¡Nadie! ¡Solamente Tú y Yo! Y la historia del mundo va a empezar. ¡Es el primer día de luz! (*Se transfigura mirando fijamente. Su voz salta a un registro alegre, entusiasta y juvenil.*)

—¿Un músico célebre en esta casa tan pobre?

—A los artistas les gusta así; antigua, con la fuente en el patio, con barandales al río y con hiedras azules..., como la casa donde él nació.

—¿Quién te ha contado eso?

—Su criado, Franz. Porque, ¿no sabes?, tiene un criado como los grandes señores. Y él va a llegar de un momento a otro. Dame el cántaro, madre. ¡Voy a buscar agua fresca!

—¿No acabas de subirlo lleno?

—No importa. ¡Dame el cántaro, madre! Tarará, lalá...

—¿Pero estás loca, hija? ¿Qué te pasa hoy? (*Cambia el tono. Pausa.*) “¿Qué te pasa hoy, qué te pasa hoy?” Todas las madres hacen un día esa pregunta. Y a todas las mujeres nos llega un día ese momento que ninguna sabe explicar. Yo era una niña y tú un hombre. Yo estudiaba piano y tú eras un pianista ya famoso en plena juventud... (“¿Qué te pasa hoy, qué te pasa hoy?”)

El carro de mudanzas descargaba en nuestro zaguán de pobres, cosas nunca vistas; otro mundo lleno de lejanía y de misterio...

—Dígame, Franz..., ¿esa figura con tantos brazos... y ojos amarillos?...

—Es un ídolo hindú. Da el sueño y la muerte.

—¿Y esa tabla dorada con esmeraldas?...

—Un icono, del último viaje. San Petersburgo.

¡San Petersburgo! Trineos de cascabeles sobre ríos de hielo, y palacios de cuento... (“¿Qué te pasa hoy, qué te pasa hoy...?”)

Y cuadros y libros. Libros de arte y de música, libros en idiomas y alfabetos desconocidos. Había también un retrato grande, con melena blanca, como mi profesor de Geografía.

—¿Será ese...?

—No; para un profesor de Geografía está bien... Pero un músico célebre..., un músico que hasta el mismo empe-

rador... (*Se lleva de pronto la mano a los labios mirando deslumbrada.*) En ese momento llegaste a mis ojos por primera vez. Alto, guapo, con tus treinta años de sonrisa y de triunfo. Nunca había visto a nadie ser fuerte con tanta delicadeza, ni rico con tanta sencillez, ni elegante con tanta naturalidad. Era un día caliente de agosto, como hoy.

—¿Puedo pedirle un poco de agua, señorita?

“¡Señorita!...” Eras el primer hombre que me lo decía. Levanté el cántaro sin atreverme a mirar. Después, sí..., de reojo, cuando estabas bebiendo... ¡Qué gusto ver latir el agua en tu garganta como la sangre en una vena grande!

—Gracias, señor.

—¿A mí? ¿Por qué?

—No sé... Por haberme pedido algo.

Te reíste alzándome la barbilla en tu mano... ¡esa mano hecha para la caricia y la música!

—¿Cómo! ¿Tú das el agua y además las gracias? ¡Qué disparate encantador!

Sí, querido, sí; allí empezó este maravilloso disparate del que ya no iba a poder librarme nunca: darlo yo todo..., todo..., y, además, las gracias.

—¡Madre, madre!... ¡He hablado con él! ¡Ya somos amigos! Y sube la escalera igual que yo: ¡saltando de dos en dos! ¡Así!

Se me estrelló el cántaro contra el suelo y quise reír para echarlo a broma..., pero la risa no me salió. Y a mi madre tampoco. Me miró largamente, acercándose..., y me apretó la cabeza contra su cintura. (*Muy bajo.*)

—Pequeña ...Mi pobre pequeña... (*Pausa. Piano en sordina.*) No te impacientes, mi vida; parecen naderías, pero es necesario para que comprendas... Escucha, por favor... ¿No te molesto, así, verdad? Gracias... (*Se ha sentado a los pies del sillón y apoya la cabeza “sobre sus rodillas”.*) ¿Sabes que durante más de un año tuviste escondida en tu casa a una pequeña espía? Seguía desde mi puerta todos tus mo-

vimientos. Vigilaba tus visitas: artistas, bohemios, estudiantes... Y sobre todo, mujeres..., mujeres que a veces entraban furtivamente dejando un coche en la calle y un perfume inquietante en la escalera. Te oía reír con ellas y me extrañaba sinceramente. ¡A mí me resultaban todas tan antipáticas!... Y no es que sospechara nada..., ni siquiera aquel día que tuve que levantarme al amanecer y vi a una saliendo de tu casa, cubierta con un velo. Yo no podía saber..., y, sin embargo... (*Se levanta pensativa.*) Sin embargo..., ¿por qué precisamente ese día rompí a llorar de rabia al verme en el espejo mis trenzas de colegio y mi pecho sin forma y mi pobre cuerpo de catorce años?...

No sé si tú, que has conocido tantas, habrás llegado a saber alguna vez lo que es de verdad el amor de una mujer grande. De una mujer, quizá; es más fácil: tú pones una mitad y ella la otra. (*Avanza.*) Pero ni tú ni ningún hombre —¿lo oyes bien?—, ningún hombre puede sospechar siquiera lo que es el amor de una niña. ¡Esa entrega total, apasionada y humilde, que no pide nada, que no espera nada..., que solo quiere obedecer servilmente, adorando de rodillas!...

Así me llevabas, atada a tu vida sin darte cuenta, igual que ese reloj al que apenas dedicas una mirada, pero que te acompaña siempre en la oscuridad de tu bolsillo, latiendo todos tus minutos como otro corazón pequeño. (*Pausa. Unos acordes fuertes en el piano.*) Tus conciertos te alejaban de mí muchas veces..., demasiadas..., pero siempre volvías a nuestra querida Viena, a nuestra casa de hiedras azules. Tu equipaje era mi obsesión. ¡Cómo llegué a odiar las maletas y los baúles, los coches y los trenes, todo lo que me robaba un día tuyo!

—¿Otra vez de gira, Franz?

—Nada..., un par de meses por Italia.

¡Dos meses y no le parecía nada! ¿Cuántas horas tienen dos meses? ¿Cuántos minutos, cuántas noches sin sueño, cuántas esperanzas y desesperaciones caben en dos meses?

Yo iba tachando los días como hacen los presos; y cada diez ponía una señal roja de fiesta... Veinte..., treinta..., cuarenta...

Una tarde... (no sé cómo pude atreverme, pero ¿qué no sería yo capaz de hacer por algo tuyo?), una tarde, aprovechando un descuido, entré en la portería y robé tu llave del casillero. ¡Tu llave! ¡Una lámpara de Aladino que iba a abrir para mí tus tesoros secretos!

Cuando entré en tu cuarto y cerré no podía respirar... Tuve que apretarme el corazón y apoyarme contra la puerta para no caer. Estaba casi a oscuras, con las persianas corridas... Tardé en empezar a distinguir las cosas... (*Ilusión y júbilo, dominándose apenas.*) ¡Tu mundo, mi amor! Todo tu mundo iba a ser mío en el silencio y en la sombra. (*Piano bajísimo en sordina. Acción levemente insinuada.*) Mientras los ojos se me iban acostumbrando empecé a recorrerlo a tientas... Tu sillón esperándote... Tu mesa de trabajo... ¡Tu bata! Dos brazos de seda... (“El estuvo aquí..., aquí...!”) (*Se la ciñe un instante sobre los hombros.*) Tus libros y tus cuadros... (*Saluda sonriente, a unos con un gesto de amiga, a otros con una reverencia, al “abuelo” con un beso de lejos.*) Buenas tardes, señor Mozart... Adiós, galán Chopin... Papá Beethoven... Abuelo Juan Sebastián...

¡Tu “secrétaire”...! ¡No, el cajón, no! Seguramente hay cartas y documentos..., quizá dinero... ¿Te imaginas lo que podrían pensar si alguien te viera? ¡Tu piano!... Es una profanación..., pero si nadie me oye..., con un dedo solo... (*Muy despacito, religiosamente, levanta la tapa imaginaria y roza apenas las teclas con un dedo susurrando las notas.*) Tralará... lalá..., tra-la-rá... (*Dentro, el piano contesta repitiendo exactamente las notas que ella canta.*) ¿Te acuerdas? Fue lo primero que te oí tocar... Tra-la-lá... (*El piano va a repetir. Síncopa. Ella se estremece y vuelve la cabeza. El piano hace una escala rapidísima, estridente, y se detiene en seco. Cascabeles. Coche.*) ¡No puede ser!... ¡Esos cascabe-

les? ¡Silencio!... *(Un grito sordo.)* ¡Silencioooo! *(Silencio tenso, de expectación. Su miedo va creciendo hasta el terror.)* Sí, sí, es un coche..., se ha detenido abajo... Pero ¿entonces..., entonces? *(Va a correr. Se detiene angustiada.)* Cuidado: ese cajón a medio abrir..., eso libros..., la tapa del piano... *(Retrocede.)* Pasos en la escalera..., pasos pesados... *(Sonríe iluminada de esperanza.)* No, no es él... ¡El subiría saltando de dos en dos! *(Aprieta las manos y los párpados en oración pueril, rapidísima.)* ¡Que sea la vecina de arriba, Señor; que sea la vecina de arriba, que sea la vecina de arriba, que sea la veci... *(Retrocede más sin aliento.)* No..., se ha detenido ahí en la puerta..., ¿oyes? Está dejando algo en el suelo, ¡las maletas!... ¡Ahora la llave... y el cuadrado de luz al abrir! *(Grito ahogado, acorralada.)* ¡No! Perdón, señor... Por mi alma le juro que no soy una ladrona... ¡Perdón! *(Transición. Un largo suspiro, entre sonriente y melancólico.)* Era tu viejo Franz. ¿Qué desesperación me vio en los ojos? ¿Había “comprendido” cuando me dijo: “Vete tranquila; no se lo diré”? Sí, mi amor, tu criado había comprendido con una sola mirada. *(Se sienta en el brazo del sillón, acariciándole suavemente los cabellos, entre queja y ternura.)* En cambio tú, que has leído tantos libros; tú que me has mirado cien veces sin verme, tú que me has tenido tres noches en tus brazos..., ¡tú eres el único que no me ha comprendido jamás! *(Se domina. Pone una mano sobre la de él, sin mirarle, arrepentida de haberle hecho daño.)* La culpa es toda mía... Perdona. *(Va hacia el jarrón y coge una rosa blanca, que comienza a deshojar, pétalo a pétalo, sin darse cuenta, pensativa. Se pone un chal sobre los hombros.)* Todo se puede perdonar menos pegarle a un niño. ¿Por qué me golpeaste tú tan duramente, mi vida? Sí, sí, ya sé que fue sin querer, que si lo hubieras sospechado no serías capaz... ¡Pero yo era tan débil, y el golpe fue tan brutal!...

Fue cuando mamá resolvió levantar nuestra casa y retirarnos a la granja de los abuelos en el Tirol. ¿Separarme de

ti? Lloré, amenacé, supliqué de rodillas. Todo inútil. Entonces se me ocurrió la única solución.:

—¡Basta de lágrimas cobardes! Se lo diré todo, me echaré en sus brazos... ¡y él me salvará!

Estaba nevando. Fue la noche más fría y más larga de mi vida. Mamá dormida..., la casa, en silencio y a oscuras... Logré dominar el miedo, eso sí; pero tú solías volver de madrugada... ¿Y si no tenía fuerzas para esperar? ¿Y si me vencía el sueño?

—¡Descálzate! El frío de las baldosas no te dejará dormir...

Todo mi cuerpo tiritaba como ahora—el frío y la fiebre son tan parecidos—, y las horas se hacían cada vez más largas, más lentas..., infinitas... (*Se oye, lejos, un grave reloj de catedral dando las tres.*) Por fin oí abajo rechinar tu llave y corrí a la escalera con todo mi miedo y mi frío, con todo mi amor y mi desesperación... (*Un sollozo.*) ¿Por qué lo hiciste, mi bien? Son cosas de hombres, ya sé..., no te culpo... Pero ¿por qué precisamente aquella noche?

No venías solo. Vi a la luz del gas las dos sombras juntas contra la pared... Oí las dos risas cuando la besaste en el hombro desnudo bajo el abrigo de pieles... Vi que era elegante y hermosa... ¡Una mujer! No una chiquilla flaca y estúpida de catorce años, no: ¡una mujer de verdad!

Toda la sangre se me hizo un nudo aquí..., todo se me borró de repente... Y ya no sentí nada..., ni el golpe en la cara al rodar por la escalera. A la mañana siguiente supe que me habías llevado a mi casa sin sentido, abrigada en tu capa. (*Con los brazos tendidos en cuna. Voz lenta.*) Fue la primera vez que me tuviste en tus brazos... Así. Dormida. (*Se deja caer sin fuerzas en el sillón.*) Aquella misma tarde salimos para el Tirol. (*Pausa. Se reclina hacia atrás respirando hondo. Vuelve a oírse el desfile de botas y tambores acercándose. Grita crispada, tapándose el rostro.*) ¡Basta..., basta!... ¿No pueden esperar esta noche siquiera?... ¿La

última? *(Cierra el balcón imaginario. El ritmo militar se aleja. Abre de nuevo, rehaciéndose, y respira de espaldas el aire de la calle. Vuelve al bargueño; recoge los papeles caídos. Toma la pluma. Se oye el rasgueo nervioso en el silencio.)* “Mi hijo ha muerto ayer...” *(Vacila. Estruja y tira el papel.)* ¡No, no; el hijo, después! Ahora estamos en las montañas verdes del Tirol: aquí el lago, abajo el trigo y arriba la nieve! *(Mira fijamente a la sala.)*

—¿Quién me llama con ese grito largo lleno de ecos? *(Se levanta y contesta con el grito tirolés.)*

—¡Ohohoo..., la..., laoho..., lalá!... *(Avanza a primer término. Voz fresca y sana, contestando de monte a monte.)*

—¿A la fiesta? No..., no sé bailar..., y no tengo vestido... ¿Qué?... ¿Que no tengo vestiiidoooo!... *(Cambia de pronto a un tono íntimo, sonriente, con una picardía confidencial.)* Mentira. Sabía bailar perfectamente y mi vestido azul olía a manzana en el armario. Pero odiaba todo lo que pudiera distraerme de tu pensamiento. Quería estar triste, quería sufrir para ofrecértelo como un sacrificio, y un solo minuto que no fuera para recordarte me parecía una traición.
 X Parece imposible, pero apenas había empezado a ser mujer y ya solo vivía de recuerdos.

Seguía tus giras por los periódicos de Viena. *(Comienza en el piano una evocación de giras de conciertos. Trozos musicales famosos, muy breves, unas veces superpuestos, otras veces sincopados, y por momentos deformados, confundidos acá y allá con el silbido melancólico de los trenes nocturnos. Las palabras son ahora rápidas, en crescendo lírico.)* Tchaikowsky, Mendelssohn, Brahms... Soñaba todos tus viajes: Praga, Londres, Bruselas... Me sentaba a tu lado en todos los trenes: Berlín, Varsovia, Budapest... Cenaba contigo en todos los restaurantes: París, Lisboa, Madrid... Me besabas en todos los jardines: Florencia, Mallorca, Granada... *(Respira. Descansa el tono.)* Sueños, benditos sueños. Pero ¿qué significaba nada de esto si no estabas tú? De aque-

lla eternidad que pasé sin ti en el Tirol, lo único importante es que la pobre niña desgarrada y flaca se convirtió en una hermosa muchacha...—por lo menos eso decían todos los hombres—. Y que al faltar mi madre corrí a buscarte a nuestra casa de Viena.

—¡Más rápido, cochero..., más! Al otro lado del puente..., a la izquierda... Esa; la casa de las hiedras.

Pero otra vez estabas de viaje. Hasta el otoño. ¡Hasta el otoño, y las acacias estaban todavía en flor! Junio, julio, agosto..., septiembre!... ¡Cuántas horas habré estado esperándote a la puerta de tu casa, como he estado esperando siempre a la puerta de tu vida! ✕

Trabajaba en una tienda francesa de arte: cuadros, libros, regalos... Y una tarde... (*Se oye el carillón de cristales de una puerta. Se vuelve con tonillo exagerado de vendedora "chic".*)

"Bonsoir, monsieur...!" (*Queda inmóvil, rígida.*)

"Monsieur?" No, no era ningún "monsieur". Eras tú..., ¡tú!..., ¿te das cuenta? ¡Tú de carne y hueso, con tu cabello rebelde..., con tu sonrisa segura..., con tus manos de caricia y de música!... ¡Tú!

Fui a gritar tu nombre, pero encontré tus ojos fijos en los míos, y un escalofrío rojo me subió a las mejillas cortándome el aliento.

—No, Sèvres, no... Le he pedido Limoges... —¡Oh, sí, señor, sí; Limoges. (*Pequeña risa.*) —Pero no, por favor, cristal no: cerámica. —¡Ah, sí, sí, sí, señor: cerámica... Siete por seis veinticuatro... —Cuarenta y dos. —¿Qué?... —Que siete por seis, cuarenta y dos, señorita. —¡Ah!, claro, claro... Cuaren...

Y el papel de envolver que no envolvía..., y la cinta de seda que no ataba. ¡Qué torpe debí parecerme! Y tú, en vez de ayudarme, te complacías en turbarme cada vez más con aquella mirada desnuda, que no era para mí..., que es tu homenaje a todas las mujeres... Porque no es que te guste

esta o aquella... ¡Lo que tú adoras es la mujer y todo lo que en la tierra tenga nombre y forma de mujer!...

A la salida iba con la esperanza loca de encontrarte aguardando, pero la calle estaba desierta.

—¿Lo ves? ¿Por qué no hablaste, estúpida? Has debido decírselo... ¿Reírse de ti? Pero ¿cómo puedes ni pensarlo siquiera? Espera..., ¿oyes pasos? Alguien te está siguiendo... ¿Siguiéndome? ¿No será otra ilusión que pasará de largo? (*Voz baja y apretada, de oración.*) “¡Que sea él, Dios mío..., que sea él!...”

Me detuve sin fuerzas, apretando los párpados... Los pasos llegaron junto a mí..., se detuvieron... ¡Y eras! (*Abre los ojos con un grito de júbilo.*) ¡Eras!

¿Qué me dijiste? No sé. Vi en seguida que no te acordabas de mí ni remotamente, pero me hablaste desde el primer momento como si fuéramos amigos de siempre. Media hora después estábamos cenando juntos en un restaurante..., ¡y ahora, por fin, no era un sueño!

—¿Por qué habla usted tan poco?

—¿Qué importo yo! Siga, siga...

Y tú seguías, sin darte cuenta de que estabas resistiendo una prueba que muy pocos hombres serían capaces de resistir. ¡Porque eran mis cinco sentidos espiándote de cerca, gesto por gesto, palabra por palabra..., y cualquier torpeza podía derribar en un momento el ídolo de tantos años!

Pero no; ni una falsa cortesía, ni una frase turbia, ni una caída vulgar. Fuiste tan espontáneo en tu galantería, tan limpio en tus palabras y en tu risa, que me habrías conquistado en aquella sola hora sino fuera ya tuya desde toda la vida. A la salida hubo una pausa difícil para los dos.

—¿La espera alguien?

—Nunca.

—¿Es tarde para usted?

—No.

—Tengo una casa junto al río, con fuego de leña y mú-

sica. (Vacilaste un segundo. Bajaste la voz.) ¿Le gustaría conocerla?

—Sí.

Te sorprendió que aceptara tan pronto, ¿verdad? Pero sí, mi amor, si lo comprendo perfectamente. Ahora sé que una mujer que se estime debe empezar negándose, y a veces hasta ofendiéndose. Aceptar así, como yo, solo lo hacen las rameras y las ciegas de amor. Afortunadamente, tú sabes de eso, y al tomarme del brazo sentí junto a la fuerza de tu deseo la delicadeza de tu respeto.

—¡Cochero!...

—No, mejor a pie... Así..., juntos los pasos y las sombras... El barrio de mis juegos..., el puente sobre el Danubio... Mi casa..., ¡nuestra casa! ¡Quieta! Eres ya una mujer..., y una mujer no sube las escaleras de dos en dos. Gracias, hiedras azules... Gracias, piano querido... Gracias, Señor, por haber hecho el mundo y el amor y la noche. ¡Gracias, gracias!... (*Avanza. Baja la voz.*) Una cosa quiero decirte en voz baja. Tú que tanto sabes..., ¿cómo no te diste cuenta de que eras el primer hombre que llegaba a mi carne? No, por favor, entiéndeme, querido: no es un reproche ni una acusación; ya sé que la única culpable de todos mis males soy yo. No trato de tirar piedras a tus ventanas tranquilas. Y no vayas a imaginar tampoco que me arrepiento de lo más hermoso que hubo en mi vida. Porque lo más hermoso no es eso que creéis los hombres... Fue después, a la madrugada, cuando tu brazo resbaló sin fuerzas sobre mi cintura... y tu cabeza se hizo más pesada sobre mi hombro... Era tan maravilloso, que no podía creerlo. ¡Te habías quedado dormido sobre mi pecho..., indefenso y dormido como un niño! Tuve que hacer un esfuerzo para no romper a llorar de gozo. ¡Y al levantar los ojos al techo, lo único que me sorprendió fue no encontrarlo cuajado de estrellas! (*Un suspiro largo.*) Fue la segunda vez que me tuviste en tus brazos. A la mañana siguiente... (*Comienza a*

dar las diez un fino reloj de mesa. Se vuelve como mirándolo sobresaltada.)

—No es posible. ¿Media mañana ya?...

Me levanté de un salto al ver tu sitio vacío y te llamé por toda la casa... ¿Y este equipaje?... Ahora comprendo por qué odiaba desde siempre tus baúles. En ese momento volvías de la calle con un ramo de rosas blancas. *(Toma una del jarrón, sin mirar.)*

—Llévalas como recuerdo. Adoro las rosas blancas.

Traté de sonreír sin darle importancia, señalando con los ojos tu equipaje.

—¿De viaje-... ¿Cuándo?...

—Esta tarde.

—¿Lejos?...

Me besaste sin contestar y creí que no me habías oído.

—¿Lejos?...

Pero habías oído perfectamente, porque me besaste otra vez y desviaste los ojos al responder:

—A América.

¡América!... Fue como un golpe en la cara. ¡América!... ¡El mar!... *(Se oye un remoto clamor de sirena.)* No quise preguntarte cuánto tiempo para evitarte una mentira piadosa, y hasta fingí una risa para que pudieras marcharte sin ningún remordimiento. Pero cuando me prometías telegramas y cartas y recuerdos eternos, yo ya sabía que con la misma sinceridad con que lo decías hoy lo olvidarías mañana...

Y ahora, que se me acaba la vida, no tengo una sola cosa tuya que besar: ni un recuerdo..., ni una carta..., ni una palabra siquiera, mi amor..., ¡ni una palabra siquiera! *(Cae en el sillón con un sollozo de queja. Lejos, tres toques largos de sirena. Pausa recobrándose. Contempla la rosa blanca.)* ¡Tus rosas!... Cuando todos los años, al cumplirse aquella fecha, recibías un ramo de rosas blancas, ¿te has preguntado alguna vez quién te lo enviaba? ¿Para qué? Tú,

el gran triunfador, estás demasiado acostumbrado a que la vida sea un perpetuo regalo. Pero debajo de tu mundo de rosas blancas hay otro lleno de rincones sucios que tienes que conocer. *(Tira resuelta la rosa y va al bargueño.)* Escucha, querido, escucha... *(Escribe.)* “¿Sabes lo que son esos hospitales adonde van a parar, amontonadas y revueltas, las fuera de la ley, las repudiadas y las pobres? ¿Sabes lo que es una sala pública y fría, llena de maldiciones, de cloroforno y de gritos? Ahí nació tu hijo. Nuestro hijo.” *(Se levanta enérgica. Llega hasta una ira limpia, sin sombras de rencor.)* Sí, nuestro... ¡Nuestro! Te lo digo ahora porque ya no existe. ¡Si no, no lo habrías sabido jamás! ¿Qué por qué no te lo dije antes, cuando aún podía ser tiempo?... Piénsalo un momento. ¿Habrías creído a una desconocida que encontraste en la calle y que se te entregó sin el menor reparo la primera noche?

Y aun suponiendo que hubieras aceptado mis palabras, un hijo que no se ha buscado, que no se ha querido, ¿te habría unido a mí o nos habría separado todavía más? Piénsalo, querido mío, piénsalo... ¿Tenía yo derecho a perturbar tu vida feliz porque tú hubieras destrozado la mía sin querer? No, tú no has tenido ninguna culpa. ¿No fui yo —¡yo sola!— la que te buscó? ¡Pues para mí toda la responsabilidad! ¡Pero también para mí todo el hijo! Para ti la gloria y el placer, los viajes y los honores... Para mí los cirujanos que dan su clase pública sobre tu carne abierta..., las enfermeras sin piedad..., los estudiantes que te clavan las pinzas y los ojos en esos mataderos del pudor. ¡No importa! ¡Bendito el dolor, la sangre y la vergüenza, porque también eso te lo debo a ti! *(Se detiene de pronto, aterrada, mirándole. Su voz salta a la súplica.)* No, no me mires así... ¿Adónde vas?... *(Abre los brazos cerrándole el paso.)* No, perdón, no supe lo que decía. Es la fiebre, ¿comprendes?; pero te juro que no te guardo el más pequeño rencor. ¡Espera! *(De rodillas.)* ¡No me dejes sola esta noche también!

No es una rebelión... Es que he sufrido más allá de toda justicia..., y por una sola vez—¿lo oyes?—, ¡por una sola vez!, tenía que gritarte todo lo caro que me has costado..., ¡todo lo caro que me han costado tu amor y tu hijo! (*Se abraza desesperada a sus rodillas.*) Perdóname, mi vida..., mi único bien..., mi amor querido... Perdón... Perdón... (*Solloza sin fuerzas contra el suelo. Se oye de nuevo el piano y—esta vez muy sordamente, lejos, sin turbar apenas la música—el desfile de botas y tambores. Se incorpora con esfuerzo; va a abrazar nuevamente las rodillas y encuentra el vacío. Sobresalto mirando angustiada a un lado y otro.*) ¿Dónde estás?... ¿Dónde?... (*Alza los hombros resignada.*) Nadie. Toda mi vida podría caber en esa palabra: Nadie. (*Toma la rosa caída y se la prende amorosamente mientras se levanta. Su voz vuelve a un tono natural.*) Ya sé, querido, ya sé que son alucinaciones de fiebre; que es mentira tu piano en mis oídos y tu presencia en mis ojos. Ya sé. (*Con una esperanza repentina.*) ¿Alucinaciones?... Entonces ¿también podrían ser mentira esos tambores?... ¿También podría ser mentira lo de anoche?... (*Amarga.*) Pero no... Ya se va el escalofrío..., ya se tranquiliza el pulso... ¿Ves? Ya vuelvo a mi pobre verdad de mujer sola. (*Vuelve a escribir.*) “Salí de aquella clínica infamante con un juramento mordido entre los dientes: ¡mi hijo no sufrirá! ¿Hay que pagar en dolor el derecho a vivir? Yo pago por los dos. Pero, cueste lo que cueste, él no conocerá la miseria.” Y el juramento se cumplió. (*Suelta la pluma.*) No necesitaré decirte que me vendí, ¿verdad? (*Sin mirar acaricia la mano de él sobre su hombro.*) No; así como tú piensas, no. Me vendí simplemente como se vende la inmensa mayoría de las mujeres: aceptando sin amor un hombre y una casa. (*Se vuelve a él suavemente.*) Y no un hombre cualquiera, no: de tu edad, gran señor. culto, educado..., y hasta posiblemente para muchas más atractivo que tú. Pero ¿qué quieres?, el corazón es así.

Primero nos unió una buena amistad...; después, un ca-

riño leal. Pero a él no le bastaban unas horas de amante, y un día—nervioso como un muchacho—me pidió que nos casáramos.

Te imaginas mi respuesta, ¿verdad? Fue terminante “No.” (*Sonríe triste.*) Sí, querido mío: también el puso esa misma cara de asombro. “¡Cómo! ¿Una mujer con un hijo de nadie rechazando un hogar? ¿Una amante negándose a ser la esposa?”

—Quiero mi libertad.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué?...

—Porque hay otro hombre. Uno que ni me quiere, ni me recuerda, ni sé siquiera dónde está. Pero si un día me llama desde el fin del mundo, aunque sea para una sola hora, para un solo minuto..., ese día quiero mi libertad para poder decirte sin bajar los ojos: “Me voy.”

Era duro para un enamorado, pero también él prefería el juego limpio. Y una semana después yo era la gran señora en un palacio de Viena, y tu hijo tenía terciopelos y libros, criados y maestros... ¡Si le hubieras conocido!... (*Radiante, corre a sentarse en el suelo, junto al sillón. Habla exaltada y feliz, iluminada por el recuerdo.*) Déjame hablarte un minuto de él... Es otra manera de hablar de ti... ¡Porque eras tú mismo!

Había nacido para el triunfo igual que tú. Lo que a sus compañeros les costaba lágrimas era para él un juego. ¡Su primera palabra escrita!... ¡Su primer premio!... ¡Su primer caballo!...

Los veranos íbamos al Tirol de mis recuerdos, y galopaba como un hombre desde los trigos de oro hasta las cumbres blancas. (*Lanza el grito mirando lejos y saludando con la mano.*) ¡Ohoohoo... lalá! (*Lo sigue con la mirada hasta verlo desaparecer.*) Cuando cumplió los diez años le regalé diez monedas de plata, y me invitó a gastarlas juntos, como dos novios.

vuelve repentinamente.) Pero eras... Eras tú, con tu sonrisa segura, con tus ojos desnudos, tendiéndome una copa fría. No habías pronunciado todavía la primera palabra y yo ya sabía que estaba perdida.

“¿Has pensado bien lo que vas a hacer con ese hombre que te ha dado su casa, que te ha ofrecido su nombre, que ha educado a tu hijo...?”

Inútil... Mi conciencia se negaba a escuchar.

Vi, además, que no me habías reconocido; pero tu presencia me deslumbraba, y una esperanza me llenaba entera cuando subía a tu coche:

—Ahora recordará, al oírme decir esta palabra... al oírme reír... Ahora, cuando me mire más de cerca..., ¡cuando me mire más!...

Y otra vez el puente sobre el Danubio, las hiedras azules, la escalera de mi infancia... ¡Todo mi pasado aferrado a ti desesperadamente!

—¡No, no puede ser! Su mirada ha olvidado mi rostro..., sus oídos han olvidado mi voz. Bien: son diez años... ¡Pero sus labios! ¡Sus labios tienen que recordar!

Y tampoco. ¡También tus labios habían perdido la memoria! (*Pensativa, con los ojos entornados.*) Sin embargo..., hubo un momento extraño... (*Avanza. Le habla mirándole de frente.*) ¿Qué ramalazo pasó por ti cuando me levantaste de pronto la cabeza y me miraste profundamente..., no “a los” ojos..., ¡“dentro de los” ojos!..., como si... vieras moverse algo en el fondo de un pozo? Mi esperanza se puso de rodillas. (*Manos apretadas. Voz muy baja.*) “Ahora, por fin, va a recordar..., ¡ahora!” Pero también aquel relámpago se apagó.

Fue la tercera vez que me tuviste en tus brazos. La última. Y seguí siendo para ti lo que he sido siempre: la eterna desconocida. (*Se sienta. Vuelve al tono pensativo.*) ¿Cómo pudiste no comprender que aquello no era una aventura más?, que era el amor..., ¡todo el amor! No lo sospechaste siquiera,

—¿Te gusta este restaurante? (Era el mismo donde me llevaste tú.)

—¡Qué hermosa eres, mamá!... (Era la misma caricia de tu mano en mi mano.)

—Pronto, ¡va a empezar el concierto! (Tu música le corría por la sangre.)

Cuando al salir se nos acercó una florista con ramos blancos y rojos, toda yo me eché a temblar con el miedo de presenciar un milagro. Si en aquel momento tu hijo me ofrece rosas blancas, no habría podido resistir de pie. Afortunadamente, no. Acarició las rosas, dudando..., y por fin eligió un gran clavel rojo. ¡Nunca le había abrazado tan fuerte..., como a una defensa y una liberación! (*Aprieta el rostro contra el brazo del sillón, con los ojos cerrados.*) Mi niño..., mi niño querido... (*Pausa. Se levanta. La voz, que ha bajado hasta el aliento solo, vuelve a un tono normal.*) ¡Diez años sin ti! Pero tu hijo iba sustituyéndote poco a poco en todos mis rincones. ¡Tu hijo y mi voluntad! Luchaba contra ti de la única manera que podía: huyendo. Ni un concierto, ni un salón, ni una fiesta donde pudiera tropezar contigo. Y cuando sentía tu peligro cerca... ¡A París, a Florencia, a Granada!... Era la misma soledad de antes, pero al revés. Ahora era yo la del equipaje revuelto y los viajes imprevistos. (*El piano toca suavemente un vals, disminuyendo.*) ¿Por qué un golpe más, amor? ¿No me habías hecho ya bastante mal? Fue esta primavera, en una terraza de música alegre. Mi amigo bailaba feliz, apretándome la cintura en las vueltas del vals... (*Da unas vueltas, tarareando.*) Y de repente toda mi sangre se paraliza. Allí estabas tú otra vez mirándome fijamente. Se me doblaron las rodillas.

—¿Te ocurre algo?

—Nada... Una copa de algo frío, por favor. (*De espaldas, crispada.*) Me apoyé con las manos contra la balaustrada, y hubo un minuto largo como un siglo. Cuando sentí los pasos acercándose a mi espalda, recé como la otra vez, pidiendo lo contrario: “¡Que no sea él, Dios mío..., que no sea él!” (*Se*

porque si no no habrías hecho a la mañana siguiente aquella cosa horrible que todavía me arde en la cara.

Estaba así, peinándome... Tú sonreías a mi espalda, buscando las palabras más galantes para la despedida... Y de pronto..., por el espejo... (*Se levanta bruscamente, volviéndose.*) Te vi..., ¿te das cuenta?... te vi metiendo unos billetes en mi cartera..., ¡y todavía tuve fuerzas para no romper a gritar!

¿Comprendes ahora por qué salí tan precipitadamente, huyendo de tus últimos besos? (*Pasea tratando de calmarse.*) Ya sé, ya sé que no tengo derecho a culparte..., que cualquiera en tu caso habría pensado lo mismo. Pero entonces, ¿por qué el viejo Franz, un pobre criado, no lo pensó? Me tropecé con él en la escalera, y por el asombro triste con que miró comprendí en seguida que me había reconocido. ¡El sí! No le dejé besarme la mano...

—¡Por lo que más quieras, Franz, no se lo digas!

Cuando me volví un instante en el zaguán todavía seguía inmóvil, despidiéndome, con los ojos húmedos...

Perdóname esta última queja, pero ¡es que todos los hombres que he conocido han sido buenos conmigo! Todos menos tú, que has pasado siempre por mi vida como por la orilla de un río... ¡Todos menos tú, mi dios cruel..., mi castigo querido!... (*Se limpia, se arranca, una lágrima mientras vuelve al bargueño.*) Ahora ya nada importa. Nada. (*Escribe.*) “Tu hijo ha muerto ayer. Siete noches pasé a su cabecera sin dormir un segundo. Ayer, de madrugada, no pude resistir la fatiga..., y cuando abrí los ojos...” (*Suelta la pluma, crispada.*) ¡Maldita carne débil, rodillas flojas, párpados de plomo!... ¿Por qué te dormiste? ¿No sabes que la muerte es cobarde y entra descalza cuando los niños están solos? ¡Ahora ya estás sola tú también! ¡Sola de casa y de amigos, sola de amor y de hijos! ¡Sola..., sola!... (*Golpea la mesa con los puños. De pronto levanta la cabeza, sobrecogida al oír sus propios golpes.*) ¿Han llamado? No, no, ahora no son alucina-

ciones..., ¡he oído los golpes claramente! (*Se levanta. Retrocede entre esperanza y miedo.*) ¿Y esos pasos?... Yo conozco esos pasos... ¿Quién es? (*Silencio tenso. Repite más fuerte, imperativa.*) ¿Quién?... (*Como una respuesta, se oye en el piano "la llamada" de la "Quinta sinfonía."*) ¿Tú?... (*Nueva llamada y continúa, pianísimo, la melodía. Su rostro se ilumina.*) ¡Tú! ¡Al fin! Estaba segura de que esta noche no podías faltar! (*Le mira inmóvil, deslumbrada.*) Entra, mi señor. Para ti todas mis puertas están de par en par. (*Avanza feliz con los brazos abiertos. Otra vez el rumor sordo de las patrullas.*) ¡Silencio!... ¿Oyes?... Botas, tambores, soldados. No te dejes arrastrar por ellos tú también... Ellos son otro mundo nuevo y terrible que está empezando ya. El nuestro de rosas blancas termina aquí, con nosotros. (*La alumbra un gran resplandor que esfuma todas las demás luces. Coro de voces angélicas.*) Pero ¿dónde estás?... Espera, mi amor..., escúchame una sola cosa más..., ¡la última! (*Escribe sin mirar, con los ojos fijos.*) "Si algún día te toca sufrir lo que he sufrido yo..., si en ese mundo que empieza aprendes por fin lo que son juntos el dolor, la soledad y la desesperación, ¡llámame! Estés donde estés sentirás rodeándote los brazos de aire de esta mujer que siempre... (*Vacila un instante. Repite.*), de esta mujer que siempre... (*La cabeza se va doblando dulcemente sobre el brazo, que ya no escribe.*) siempre..., siempre... (*El coro angélico parece que va a triunfar. Pero no, las botas y tambores avanzan dominándolo, hasta pasar implacables sobre la DESCONOCIDA. Sobre su muerte y sobre su mundo. Telón.*)

FIN DE

CARTA DE UNA DESCONOCIDA"

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARI
 JOSE EMILIO GONZALEZ
 FACULTAD DE HUMANIDADES
 UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
 RECINTO DE RIO PIEDRAS